

para enviarlos á dos mil cerdos que van á arrojar-se al mar. No, Dios no trastorna las leyes de la naturaleza para convertir el agua en vino en una comida de bodas, en que los convidados están ya ebrios. No, Dios no envía al diablo á tentar á su Hijo, que es consustancial con el Padre. No, Dios no hace salir á los muertos de sus tumbas para atestiguar la divinidad imposible de Cristo. Los ortodoxos pretenden que Dios ha operado todos esos prodigios para instituir y propagar la verdadera religion; pero si esa religion es la única verdadera y si debe durar hasta el fin de los siglos, los medios empleados por la Providencia hace dos mil años deben servir todavía hoy para consolidarla; sin embargo, sucede todo lo contrario; los milagros quebrantan y destruyen la fe en vez de fortificarla; ya en el siglo XVII decía *Voltaire*: "Quiero

hacer de Jesus un justo y un ángel, y no sería ni lo uno ni lo otro si fuera verdad todo lo que dicen los Evangelios, y esas aventuras no pueden ser verdaderas porque no convienen á Dios ni á los hombres; permitidme para estimar á Jesus que borre de los Evangelios los milagros que le deshonran; yo defiendo á Jesus contra vosotros.", (1). *Voltaire* tiene razon; el mundo moderno no cree ya en lo sobrenatural, y obstinarse entónces en mantener los milagros es comprometer hasta la existencia del cristianismo; si se quiere salvar la religion cristiana, hace falta separar de ella todo lo que tiene de prodigio, y ese trabajo se va efectuando en la conciencia general á despecho de los esfuerzos de una ciega ortodoxia.

(1) *VOLTAIRE, Dios y los hombres, c. XXXII (Obras, t. XXX, página 276).*

CAPÍTULO II.

LA IDEA DE LA REVELACION.

§ I. — La revelacion milagrosa.

N.º 1. — ¿Está en armonía la revelacion milagrosa con los destinos humanos?

Con los milagros y las profecias se derrumban los fundamentos del cristianismo tradicional; ¿es esto decir que toda religion caiga con la religion de Cristo? Durante mucho tiempo, amigos y enemigos estaban de acuerdo en esta cuestion capital. Los filósofos del último siglo, al ménos los materialistas, pensaban que arruinando el cristianismo destruían para siempre toda religion, ó, como decían ellos, toda supersticion; es verdad que había espiritualistas que no atacaban del cristianismo más que sus dogmas absurdos, su pretension á un origen divino, queriendo poner en su lugar la religion natural; pero los defensores de la Iglesia objetaban á éstos que la religion revelada era la única religion posible, y que había, pues, que escoger: si se quería conservar una religion, era preciso mantener el cristianismo tradicional; y si se destruía el catolicismo, se destruía por esto mismo toda religion, y con ella la moral y la sociedad. Es preciso detenernos ante esta nueva fase de la lucha entre el libre pensamiento y la ortodoxia cristiana; es la que para nosotros, los hombres del siglo XIX, tiene el mayor interes, porque es

de nuestro porvenir de lo que se trata; nosotros tenemos la conviccion de que no hay vida posible sin religion; resta saber si no hay religion posible fuera de la Iglesia católica.

El cristianismo es una religion revelada; nuestra cuestion se reduce á saber si la revelacion es de esencia de la religion. La revelacion ha sido considerada hasta aquí como una comunicacion directa de la verdad que Dios hace á los hombres hasta cuando les habla por la boca de un profeta tal como Moises; el cristianismo es una religion más directa aún, puesto que es Dios hecho hombre, que ha vivido entre nosotros y nos ha enseñado la ley de vida. ¿Por qué el mismo Dios revela á los hombres las condiciones de salvacion por un camino más ó ménos natural? Respóndese que el hombre, por las fuerzas solas de su naturaleza, no alcanzaría nunca á las verdades que le son reveladas, y las recibe de mano de Dios por un beneficio de su caridad, así como se salva por una gracia especial. La revelacion cristiana es milagrosa por esencia, y consiste en el mayor y más inexplicable de los milagros: el Sér infinito que toma la natura-

leza finita, el Creador que se hace criatura; además, la revelación cristiana se establece por milagros; es predicha por profetas que escriben bajo la inspiración del Espíritu Santo y atestiguada por hechos que consisten en una inversión de las leyes generales de la naturaleza, inversión que la Providencia ha preparado desde su eternidad, para acreditar a los reveladores. ¿Está en armonía una revelación semejante con la noción que tenemos de Dios y del destino de los hombres?

¿Cuál es el destino del hombre y cómo interviene Dios en él? Los cristianos responden que el hombre está en esta tierra para realizar su salvación ganando la beatitud eterna, y los filósofos contestan que tiene por misión desenvolver sus facultades físicas, intelectuales y morales en la más rica armonía. En apariencia, el fin que la filosofía y la religión persiguen no es el mismo, y los medios que ofrecen para llegar a él difieren igualmente; sin embargo, hay un principio común; los filósofos quieren que el hombre trabaje sin cesar para su perfección, y Jesucristo dice a sus discípulos: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos." ¿Cómo ha de alcanzar el hombre la perfección relativa a la cual le permite aspirar su naturaleza imperfecta? Conociendo la verdad sobre Dios y su destino, y viviendo conforme a sus creencias; sobre este punto aún están de acuerdo la filosofía y la religión; pero cuando se pregunta por qué camino ha de cumplir su destino, se dividen los cristianos y los libres pensadores: éstos responden que Dios nos ha dado la razón para conocer la verdad y la conciencia para practicarla; los cristianos pretenden que la razón es insuficiente, y que necesita el hombre los auxilios extraordinarios de la palabra divina para conocer la verdad y el apoyo especial de Dios para que sus acciones merezcan la vida eterna. Todo es natural en la filosofía, todo sobrenatural en el cristianismo. ¿Cuál de esas dos vías conviene más al hombre y a la Providencia?

La idea de perfeccionamiento que es común a la filosofía y a la religión implica un desenvolvimiento sucesivo; ahora bien, nosotros no conocemos más que un solo medio de desenvolver las facultades humanas: la acción, el trabajo; ¿hay algún otro de perfeccionar la inteligencia que el trabajo intelectual? ¿Es posible perfeccionar los sentimientos de otra manera que practicando con actos de caridad la abnegación, el sacrificio y el hé-

roísmo? En cuanto al desarrollo de las facultades materiales, es tan evidente la necesidad de la actividad humana, que es inútil insistir en ella. El hombre, pues, toma una parte muy importante en la ruda elaboración de su perfeccionamiento, en el cual, sin embargo, interviene Dios; los cristianos y los filósofos que admiten una Providencia están todavía de acuerdo en este punto; pero su desacuerdo comienza, y es capitalísimo, cuando se trata de determinar la manera de intervenir del Creador en la salvación de las criaturas.

Dicen los filósofos que cuando Dios ha creado al hombre, imponiéndole como ley perfeccionarse, debe haberle dado también los medios adecuados para alcanzar su fin; al salir de las manos del Creador, la criatura posee todo lo que le es necesario para realizar su destino. El hombre está dotado de razón para que pueda conocer la verdad; está dotado de sociabilidad, porque solamente en el estado social es como puede practicar la abnegación, el sacrificio y la caridad; solamente uniendo sus esfuerzos es como la humanidad puede someter la materia para hacer un instrumento del desenvolvimiento intelectual y moral, y por fin, el hombre está dotado de libertad, porque únicamente siendo libre es como tiene existencia propia, y es un sér distinto del Creador y distinto de las demás criaturas. ¿Qué más necesitan los hombres para desenvolverse y perfeccionarse? Los libres pensadores no conciben que necesitemos una intervención milagrosa para instruirnos en lo que la razón puede enseñarnos. Decir, como los cristianos, que la razón es insuficiente, es acusar al Creador de imprevisión. ¿Pues qué! ¿Dios ha de querer que el hombre perfeccione su alma y su inteligencia, y no le ha de dar los medios necesarios para llenar esta misión! ¿Ha de ser preciso que supla más tarde esa insuficiencia con la revelación milagrosa de la verdad! ¿Es esta la sabiduría de un Sér soberanamente sabio? Otra imperfección en la obra del Creador. El Verbo tomó carne después de millares de años. ¿Para qué deja Dios a la humanidad presa del error durante cuatro mil años? Puesto que la naturaleza humana es incapaz por sus propias fuerzas de llegar a la verdad, ¿por qué no encarnó el Verbo desde el primer día de la creación? Esto es una necesidad en el sistema de la revelación. Al crear Dios seres que no pueden realizar su destino con las fuerzas solas de la naturaleza, debe suplir

lo que les falta revelándoles directamente la verdad. Llegamos a esta conclusión: que la revelación milagrosa debe ser tan antigua como el mundo, y debe acompañar al hombre desde su creación hasta la eternidad. Hé aquí, dicen los libres pensadores, un plan bien singular: ¿no era más sencillo crear al hombre de manera que pudiese alcanzar su fin por las solas fuerzas de su naturaleza?

¿A qué se reduce, según la doctrina de la revelación, la libre actividad del hombre? Puede muy bien fortificar su inteligencia, y ha de permanecer en las tinieblas, si Dios no le ilumina con un rayo de la verdad eterna; puede muy bien sacrificarse por sus semejantes practicando la caridad, y no puede hacer una obra meritoria a los ojos de Dios, siéndole preciso a cada paso de su existencia una inspiración sobrenatural que le guíe, como el niño que no sabe andar necesita una mano que le conduzca ó un brazo que le lleve. ¿A qué hablar del desarrollo de facultades intelectuales y morales? El hombre permanece eternamente niño; nunca, cualquiera que sea la perfección que logre por la fuerza de su naturaleza, podrá alcanzar su salvación; ¿por qué, pues, ha de entregarse a un trabajo asiduo para perfeccionarse?

En la doctrina de los filósofos, el hombre llena su destino y alcanza su salvación cuando desenvuelve todas sus facultades según las leyes de su naturaleza; los defensores de la revelación objetan que eso es separar al hombre de Dios y dejar reducida la divinidad a una palabra. Dios, dicen ellos, no tiene existencia, en cierto modo, más que en el momento en que creó el mundo; después de esto, todo sigue el curso eterno é inmutable de las leyes que ha impuesto a la creación; la objeción se dirige a los incrédulos, y respecto de ellos es fundada; nada de Dios y el Dios de Epicuro, todo es uno; pero ¿no puede aplicarse a los filósofos que creen, con Leibnitz, que la creación es permanente? No, Dios no abandona al hombre a sí mismo una vez creado; existe entre el Creador y la criatura un lazo indisoluble; el hombre no podría ni aún vivir, si estuviese separado de Dios, principio de toda vida, tanto de la intelectual y moral como de la vida física. Dios es el que inspira al hombre, quien le ilumina y quien guía a los individuos y a los pueblos; pero para dejar a los hombres su libertad y su responsabilidad, la acción divina debe ejercerse según las leyes de la naturaleza, por la

razón y la conciencia. Si Dios obrase directa y milagrosamente sobre el mundo, la omnipotencia divina destruiría la libertad y aniquilaría, por tanto, al hombre, lo cual sería una manera singular de favorecer su desenvolvimiento.

N.º 2.—¿Es necesaria la revelación milagrosa?

I.

La filosofía, según los cristianos, no tiene en cuenta la debilidad de la razón humana. No se trata de saber por qué Dios la ha creado débil; trátase de hacer constar un hecho; ahora bien, la experiencia de los siglos prueba que la razón, por sus propias fuerzas, no hubiera llegado al conocimiento de las verdades que son necesarias al hombre para su salvación; la revelación debe iluminar al hombre por causa de la insuficiencia de la razón. Cuando los filósofos preguntan cuáles son las verdades que el espíritu humano es incapaz de descubrir, responden los cristianos que los misterios; estos misterios se refieren a la naturaleza de Dios, a la del hombre y a las relaciones que existen entre el Creador y la criatura: tales son la Trinidad, el pecado original, la predestinación y la gracia; que los misterios están por encima de la razón es cosa evidente, puesto que ni aún los comprende, a pesar de la revelación que plugo a Dios hacerla; pero la incomprendibilidad de las pretendidas verdades reveladas es para los filósofos el más fuerte argumento contra la revelación.

La razón, dice Rousseau, nos hace conocer a Dios, y aún nos enseña que es inmortal el alma, y que el hombre será castigado ó recompensado en una vida futura, según que haya violado ó observado las leyes de la moral que el Creador ha grabado en su conciencia; estas verdades constituyen lo que se llama la religión natural; si esta religión es insuficiente, como dicen los cristianos, es, sin duda, por la oscuridad en que deja de las grandes verdades que nos enseña, ó porque hay verdades que ella ignora; puesto que la revelación debe suplir la insuficiencia de la razón, es preciso que nos explique de una manera más clara, más luminosa y más completa, las verdades que constituyen el objeto de la religión; y la revelación, dirigiéndose a todos, mientras que se acusa a la razón el que no se dirija más que a un reducido número, es preci-

so que enseñe esas verdades de una manera sensible al espíritu del hombre, de modo que las ponga al alcance de los más sencillos. Es fácil ver, continúa *Rousseau*, que la noción de la revelación está en abierta contradicción con la de misterio. Los misterios implican la oscuridad, una oscuridad tal que es imposible á la fe más viva y á la razón más fuerte penetrar en la significación de ella; sin embargo, la revelación que los hace conocer tiene, según se dice, por fin disipar las tinieblas naturales del espíritu humano (1). El hombre comprende, en rigor, la existencia de Dios y se forma una idea de sus atributos: conocimiento insuficiente, confiándole los filósofos, supuesto que un ser finito no puede comprender al ser infinito; pero ¿qué es lo que les enseña de más el misterio de la Trinidad? Nada, absolutamente nada; no hace más que espesar las tinieblas. ¡Convengamos en que ese es un medio singular de iluminar al hombre!

Los defensores de la revelación dicen que los filósofos no entienden nada de ello. Esta es la censura general que hacen á la filosofía; para no exponernos á ella vamos á dejar la palabra á los apologetas de los siglos XVII y XVIII; no será culpa nuestra si su defensa no hace más que aumentar la duda y la incredulidad. Escuchemos desde luego á *Pascal*, que quiere que se reconozca la verdad de la religión en la oscuridad misma de la religión. ¿Cómo? "Si no hubiese oscuridad, dice, el hombre no conocería su corrupción; la claridad serviría al espíritu y perjudicaría á la voluntad; humillad la soberbia," (2); ¿qué es la corrupción de que habla *Pascal*? En la boca de un severo discípulo de San Agustín, no hay que dudarle, es la degradación de la naturaleza humana, consecuencia terrible del pecado original; pero ¿no es un misterio el pecado original? Los misterios de la religión cristiana tienen por objeto confirmar un misterio; ¡qué galimatías! Lo que añade *Pascal* sobre la claridad que perjudicaría la voluntad es también muy luminoso; Dios quiere humillar el orgullo de la razón, y para rebajar la soberbia la habla en lenguaje que no comprende y la revela pretendidas verdades que encuentra absurdas: ¿no es esto incitar á la rebelión y aumentar su temeridad? Había un medio mucho más sencillo de humillar la

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.
(2) PASCAL, *Pensamientos*, art. XX.

razón; probarla su insuficiencia, revelándola verdades que comprendiese y que no hubiese llegado á descubrir.

Muy mala debe ser la causa de la revelación, puesto que los talentos más levantados no hallan más que necedades en apoyo del designio que se supone á Dios de comunicar á los hombres verdades incomprensibles. "¿Por qué, dice *Bossuet*, nos ha obligado Dios á creer en cosas inconcebibles? Porque le ha placido probar así nuestra fe." ¡Qué concepción de la divinidad! ¿Nos ha dado Dios la razón para doblegarla ante las tinieblas que le placiera revelarnos? ¿No se asegura y se afirma la fe por el entendimiento? Y ¿Dios había de obligarnos á creer en lo que no comprendemos! Y ¡esto para probar nuestra fe! Con ese título podría también forzarnos á creer que dos y tres son seis. Creer en lo imposible sería todavía más meritorio que creer en lo incomprensible, y ¡se atreven á atribuir á la suprema inteligencia semejante designio con respecto á seres á quien ha dotado de razón! *Bossuet* siente la gravedad de la objeción, y quiere prevenirla: "¿Nos ha de perjudicar eso? Al contrario, nos hace honor, porque nos levanta sobre nosotros mismos," (1). Así pues, se hace honor á la razón obligándola á callar sin saber por qué! Y ¡es levantarnos sobre nosotros mismos tratarnos como no se trataría á niños, revelándonos logogrfos y diciéndonos: creed siempre; ¿qué importa que no comprendais una palabra de lo que creéis? ¡Abdicad vuestra razón y seréis elevados por encima de vosotros mismos!

Como vemos, la apología de los misterios es tan imposible de comprender como los misterios mismos; y ¿qué ha de suceder? Los que quieren dar la razón de cosas que no comprenden caen en el absurdo, aunque se llamen *Pascal* y *Bossuet*. Para ver el bello ideal del galimatías es preciso oír á *Malebranche*; el filósofo francés se encarga de la misión de explicar lo que es inexplicable, y encuentra efectivamente razones para todo; pero ¡qué razones! Más le hubiera valido decir, con Tertuliano, creo porque es absurdo, creo porque es imposible. El misterio de los misterios es la Trinidad. *Malebranche* se postra en éxtasis ante esas tinieblas, y dice que es un misterio *adorable*; ¿por qué es *adorable*, y qué sabe él, puesto que él mismo añade

(1) BOSSUET, *Catecismo de Meaux* (Obras, t. VIII, p. 68).

que es *oscuro*, *incomprensible*, que *choca con nuestra razón* y que *nos parece monstruoso*? *Malebranche* tiene la robusta fe de Tertuliano; el misterio de la Trinidad le satisface porque choca con la razón, y le parece evidente que *ese monstruo no se haya insinuado naturalmente* en el espíritu y en el corazón de todos los católicos de tantos países tan alejados. Si basta que una creencia sea *incomprensible* y *monstruosa* para ser divina, recomendamos á los ortodoxos la teología indiana, que abunda en monstruosidades, y debe ser, por consiguiente, divina por excelencia, según *Malebranche*.

Pasemos al origen divino de los misterios. *Malebranche* dice que esta *sublime verdad*, tratase siempre de la Trinidad, ha sido revelada por Jesucristo á los apóstoles. ¿Por qué es una *verdad sublime* ese misterio? Para calificar una verdad es preciso que la discernamos con el entendimiento. ¿En qué consiste la sublimidad de las tinieblas? ¿Consistirá en que el misterio de la Trinidad ha sido predicado por Jesucristo á sus apóstoles? Pero ¿quién ha dicho á *Malebranche* que Jesús ha enseñado la Trinidad? No son ciertamente sus apóstoles; tenemos sus escritos en los cuales no se hallan ni la palabra Trinidad, ni la cosa misma; de esto no cabe hoy duda. Hé aquí, pues, la *sublimidad* del misterio que se va en compañía con su *divinidad*; esto sucede siempre que se quiere poner la luz allí donde reinan las tinieblas.

Malebranche niega las tinieblas. La fe en los misterios, dice, no es una fe ciega, es perfectamente razonable en su principio; no debe su establecimiento á las preocupaciones, sino á la recta razón, porque Jesucristo ha predicado los misterios con que ha probado de una manera invencible su misión y su cualidad (1). Acabamos de decir que Jesucristo no ha predicado el misterio; en cuanto á su misión, si por tal se entiende su divinidad, es tan poco evidente, que ni sus discípulos ni él mismo tienen conciencia de ella; hé aquí unos misterios que peligran grandemente; pero hay más: los pretendidos misterios son los que testifican contra el origen divino del cristianismo y contra la revelación milagrosa. Dios, que nos ha dado la razón, ¿nos había de prohibir el uso de ella? La pregunta es absurda, y el absurdo está implicado en la

(1) MALEBRANCHE, *Conferencias sobre la metafísica* (Obras, t. I, página 267 y sig., edición Charpentier).

idea de misterio: es una cosa *monstruosa* á los ojos de nuestra razón, y se quiere que Dios haya revelado verdades que chocan con la razón, diciéndole á la razón que se someta; pero ¿por qué y con qué fin?

Á esta pregunta no responde *Malebranche* más que con palabras: *sublime*, *adorable*; y subiéndose al séptimo cielo, hay que dejarle allí. Dirijámonos á un teólogo que habite en la tierra. El abate *Bergier* se atrevió á atacar á *Rousseau*, un liliputiense á un gigante. Asistamos á la lucha: Juan Jacobo creía que si la revelación estaba destinada á suplir la insuficiencia de la religión natural, debe ser de una claridad sorprendente; no, responde *Bergier*, son precisos los misterios para que nos hagan conocer mejor la naturaleza divina; pero siendo la naturaleza divina esencialmente incomprensible, no podía ser clara la revelación; hé aquí la necedad y el galimatías uniéndose para engendrar un contradictorio como no hay otro. Los misterios son necesarios. ¿Para qué? Para hacernos conocer la naturaleza divina. ¿Nos hacen conocer esa naturaleza divina? No, porque no es posible conocerla. En definitiva, los misterios nos hacen conocer lo que es imposible conocer. ¡Oh! ¡Qué bellos son los misterios! La revelación también es maravillosa: es necesario una, dice *Bergier*, porque sin revelación milagrosa no podía persuadir Dios de los dogmas incomprensibles que le placía revelar (1). ¡Qué sublime idea nos da de Dios la revelación cristiana! Plácele un día revelar verdades á los hombres; y ¿qué hace para persuadirles de verdades que no pueden concebir? Dios invierte las leyes de la naturaleza. El Ser infinito se encarna en un ser finito que después hace milagros, todo para obligar á los hombres á creer lo que no pueden comprender; tiene el cuidado de decirles que si no creen serán condenados; los pobres mortales reclaman diciendo: los dogmas que Dios nos revela nos parecen absurdos, falsos, y el abate *Bergier* dice: ¡es preciso creerlos bajo pena de condenación!

Supongamos que un libre pensador se aviene á razonar con Dios y le dice: "Estoy dispuesto á creer todo lo que me mandais, pero desearía saber por qué me ordenais creer en dogmas que son incomprensibles y que me parecen absurdos: ¿cómo

(1) BERGIER, *el Deísmo refutado por sí mismo*, t. I, páginas 58-60, 84.

he de poder yo admitir que la Suprema Sabiduría revele verdades que los hombres no pueden comprender? ¿Cómo he de poder asegurarme de que es tal vuestro deseo? Se me dice que los milagros prueban esa revelación; pero los milagros son también para mi débil razón cosas absurdas, y héme aquí enredado en un círculo vicioso de absurdos: ¿es menester que crea en dogmas absurdos por la autoridad de hechos absurdos!., Y *Bergier* responde: "Revelar un dogma ó una verdad es enseñar su existencia á aquel que la ignora, pero no es siempre hacérsela concebir; Jesucristo nos ha revelado que Dios es uno en tres personas, y que él mismo es Dios encarnado; sin esta revelación no hubieran sabido jamás los hombres que hay una Trinidad; pero nos es imposible comprender la Trinidad." (1). Pues hemos adelantado bastante. Dios se ha tomado el trabajo de interrumpir las leyes de la naturaleza, y ha hecho prodigios sobre prodigios para enseñarnos que hay una Trinidad; pero como la Trinidad es incomprendible, la revelación no nos enseña, en definitiva, más que una palabra á la cual no podemos agregar ninguna idea; es decir, que Dios se ha encarnado en el seno de una virgen, ha muerto y resucitado simplemente para justificar un conjunto de ocho letras.

II.

Es preciso que nos detengamos en este increíble contrasentido que se llama Trinidad, porque la cuestión es capital. La debilidad de la razón y la insuficiencia de la revelación milagrosa son los argumentos favoritos de los cristianos; para demostrar la necesidad de una revelación milagrosa, y para probarnos esa debilidad y esa insuficiencia, alegan los misterios que la razón, ciertamente, no nos hace conocer, puesto que están por encima de ella. Los cristianos saben que hay una Trinidad, los antiguos lo ignoraban; esto es lo decisivo para la revelación. Podríamos contradecir el hecho: los cristianos toman el dogma de un Dios en tres personas de la filosofía de los antiguos; es extraño á los Judíos, es extraño á Jesucristo, y los apóstoles lo ignoraban; pero, por el momento, dejamos á un lado este debate para colocarnos en el terreno de la ortodoxia, según la cual Cristo ha revelado el

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religión*, t. III, p. 342.

dogma de la Trinidad; ¿sabemos nosotros más desde esta revelación sobre Dios, su esencia y sus atributos?

El dogma de la Trinidad no nos enseña nada acerca de Dios, absolutamente nada, según confesión de los mismos ortodoxos; abundan los testimonios, y no sabemos cuál escoger; citemos á un escritor que ha sido la admiración del siglo XVII: "Este misterio, dice *Nicolas*, confunde la razón y la subleva; si hay en el mundo dificultades insolubles, son éstas las que se desprenden de este dogma, que establece que tres personas realmente distintas no tienen más que una misma y sola esencia, y que siendo esa esencia la misma cosa en cada persona como las relaciones que las distinguen, puede comunicarse sin que se comuniquen las relaciones que las distinguen. Si la razón humana se escucha á sí misma, no encontrará en sí más que una rebelión general contra esas verdades inconcebibles; y si pretende servirse de sus luces para penetrarlas, no le suministrarán más que armas para combatir las. ES PRECISO, PARA CREEERLAS, QUE SE CIEGUE Á SÍ MISMA Y QUE ACALLE TODOS SUS RAZONAMIENTOS Y TODAS SUS MIRAS, PARA HUMILLARSE Y ANULARSE BAJO EL PESO DE LA AUTORIDAD DIVINA." (1).

¿Qué podríamos añadir nosotros á tan graves palabras? Un dogma contra el cual se rebela la razón, un dogma que no puede aceptarse más que cegando é imponiéndose silencio á sí mismo, ¿qué es, sino un absurdo de primer orden? ¿Se duda de ello? Vamos á oír á *Bossuet*, el águila de *Meaux*, que ha empleado la magia de su estilo en hacer sensibles las sublimes verdades que encierra ese adorable misterio. Y ¿adónde va á parar? El lector juzgará al último Padre de la Iglesia.

La Trinidad supone que al lado de Dios, el Dios Eterno, hay el Dios Hijo y el Dios Espíritu Santo. ¿Cómo es que Dios tiene un hijo? *Bossuet* responde: "¿Por qué no ha de tener Dios hijos? ¿Por qué ha de faltarle á esta naturaleza bienaventurada esa perfecta fecundidad que da á sus criaturas?" El buen sentido responde que si la criatura engendra, es por una razón que no conviene ciertamente al Creador, porque es el único medio de perpetuar la humanidad, y Dios no necesita engendrar para perpetuarse. "No, dice *Bossuet*, pues

(1) NICOLE, *De la perpetuidad de la fe*, p. 118.

que independientemente de esa necesidad peculiar de las naturalezas mortales y frágiles, ¿no es bello producir un otro sí mismo por abundancia, por plenitud, por el efecto de una inagotable comunicación, en una palabra, por fecundidad?" El buen juicio preguntará: ¿para qué es buena esa fecundidad, para qué ese otro sí mismo, cuando se trata del Sér de los seres? ¿Puede llegar la perfección á ser más perfecta? Nuestra cuestión implica una herejía, suponiendo que Dios ha engendrado en el tiempo, como hacen los hombres, mientras la Iglesia nos enseña que el Hijo es coeterno con el Padre, ante lo cual viene á ser un contrasentido toda idea de filiación; en vano acumula *Bossuet* las palabras y las frases para explicar la eternidad del Hijo, porque todas esas palabras son vacías de sentido y una verdadera logomaquia: "Si un padre, dice, trasmite á su hijo toda su nobleza, ¿con cuánta más razón no comunicará á su Hijo el Padre eterno toda la nobleza, con toda la perfección y la eternidad de su sér?" (1). Comparación no es razón: la trasmisión de la nobleza es un absurdo que no tardarán en reconocer y abandonar los pueblos; y ¿este absurdo ha de explicar un absurdo mayor, la trasmisión de la eternidad? Si hay eternidad, no hay que hablar de filiación; y si hay filiación, se acabó la eternidad.

¿Qué es el Espíritu Santo? "Sale del Padre y del Hijo, como su mutuo amor, y es de la misma sustancia que el uno y el otro; es un tercer consustancial, y con ellos un solo y mismo Dios." Así pues, el Espíritu Santo sale ó procede de Dios: ¿por qué no es Hijo? *Bossuet* responde que Dios no lo ha revelado, lo cual quiere decir que la teología, al imaginar la filiación para la segunda persona divina y la procesión para la tercera, se ha metido en un laberinto de absurdos. Que se juzgue de ello por lo que dice *Bossuet*: "El Hijo es único, debe serlo como Hijo perfecto de un Padre perfecto." El buen juicio diría que no veía por qué Dios no había de tener dos Hijos igualmente perfectos, puesto que hay bien tres personas igualmente perfectas; pero dejamos el buen juicio y creemos que, "si pudiera haber dos Hijos, sería imperfecta la generación del Hijo." De aquí deduce *Bossuet* que todo lo que venga después no será

ya Hijo, y no vendrá por generación, aunque de la misma naturaleza. Así pues, el Espíritu Santo viene después del Hijo, y es, sin embargo, coeterno con el Hijo y con el Padre; ¡qué sublime concepción! ¡Cómo ensancha nuestras ideas sobre Dios! ¿Qué será, pues, esa producción final de Dios que se llama Espíritu Santo? ¿Qué es esta procesión? *Bossuet* responde: "Callad, razonamientos humanos; Dios no ha querido decírnoslo; es un secreto reservado á la visión venturosa." (1). Á juzgar por lo que ha placido á Dios revelarnos, los libres pensadores que no tengan la bienaventurada visión no perderán gran cosa.

Si no se sabe lo que es el Espíritu Santo, ¿se sabe al menos qué hace? Jesucristo, el Hijo de Dios, dice á los hombres: "Tengo todavía mucho que deciros, pero no lo podéis alcanzar aún. Vendrá el Espíritu verdadero, que os lo enseñará todo." ¿Por qué el Espíritu Santo más bien que el Hijo y que el Padre? "Porque sólo á él, responde *Bossuet*, están reservadas las más altas y ocultas verdades." ¿Por qué? *Bossuet* afirma, y es preciso que nos contentemos con su afirmación; el Espíritu Santo es también el que inspira á los profetas, porque lo sabe todo, añade el águila de *Meaux*, hasta lo que está más reservado á Dios. ¡Esto es lo admirable! ¿No es el Espíritu Santo Dios? Y si es Dios, ¿qué extraño es que lo sepa todo? Las palabras tan magníficas de *Bossuet* vienen á decir que Dios lo sabe todo, hasta lo que le está más reservado. ¿No falta razón para calificar de galimatías esta teología? (2).

El Evangelio de San Juan, evangelio platónico, contiene todavía otros geroglíficos sobre la Trinidad que extasían á *Bossuet*. "Él me glorificará, porque Él tomará de mí." ¿Qué quiere decir esto? "Que el Hijo lo ha tomado todo del Padre, y que glorifica al Padre; que el Espíritu Santo lo toma del Hijo, y glorifica al Hijo." ¿Hay que exclamar aquí, con el obispo de *Meaux*, que Jesucristo nos trata de amigos poniéndonos al corriente del inefable secreto de las comunicaciones interiores de las personas divinas? Inefable es la palabra; pero para nosotros, pobres mortales, no tiene sentido ese inefable secreto. Si el Hijo es Dios, como el

(1) BOSSUET, *Elevaciones sobre los misterios*, II, 5 (Obras, tomo III, p. 429).

(2) BOSSUET, *Meditaciones sobre el Evangelio* (Obras, t. IV, página 523).